

La calle para el miércoles 23 de junio de 2010
Diario de un espectador
Multitudes monsvaianas
por miguel ángel granados chapa

Bromista aun consigo mismo, Carlos Monsiváis solía quejarse, sin causa, de la escasa afluencia de público a los actos en que era protagonista. Llegaba al extremo de narrar una experiencia que existió sólo en su imaginación, según la cual se conmovió al ver que en la feria del libro de Guadalajara había mucha gente en espera de entrar en el auditorio en que presentaría su obra más reciente, pero que su alegría se opacó al descubrir que la pequeña multitud hacía fila para escuchar, en el auditorio vecino al que él tenía asignado, a Luis Pazos, el autor de explicaciones simplonas sobre la economía nacional y mundial.

Que Monsiváis carecía de un público adicto era una falsedad, según quedó demostrado en los tres días de homenaje que se le ha rendido en el Museo de la ciudad de México, en el vestíbulo del Palacio de bellas artes y en el Teatro de la ciudad. Muchísimas personas, amigos, familiares, lectores y no lectores acudieron a despedirse de este personaje tan entrañable entre otros motivos por que vivía como cualquiera otra persona: viajaba en el Metro o en taxis (nunca aprendió a manejar y jamás pasó por su cabeza la idea de adquirir un automóvil), se alimentaba frugalmente en cualquier lugar (su dieta favorita era un refresco de cola y una hamburguesa, no necesariamente en los sitios amparados por franquicias norteamericanas) y deambulaba por librerías y centros de reunión de toda suerte de minorías, que lo tenían como campeón de sus causas.

En el Movimiento de 68, lo hemos dicho, participó a través de la Asamblea de intelectuales y artistas. Ya lejos de los acontecimientos de entonces, ha reflexionado sobre ellos y encontrado que las peticiones estudiantiles al gobierno contenían la semilla de la exigencia por el respeto a los derechos humanos:

“Fue obvio: el presidente Gustavo Díaz Ordaz, además de los motivos dictados por su megalomanía criminal, de Padre Literal de la Patria, no podía ceder en lo mínimo porque eso introduciría tres elementos, más bien uno solo: la existencia de los derechos humanos, la autocrítica gubernamental y las voces de abajo, perfectamente inaudibles según la tradición del PRI. Es decir, equivaldría a aceptar la existencia de la sociedad.

“Derechos humanos y civiles. Los estudiantes descubren todo de golpe: es infame la cárcel por disidencia ideológica, es monstruoso el delito de disolución social, no es conveniente la acción militar contra gente desarmada, es inadmisibles que continúen en sus puestos los represores más ostensibles, se rechaza el salvajismo del cuerpo de granaderos, es de elemental justicia la reparación de daños a las víctimas y sus deudos, es impostergable la investigación que delimite los roles represivos. En sus pronunciamientos medulares, el Consejo nacional de huelga no es ni pretende ser radical. Así se le juzga al ser herejía o blasfemia el mínimo cuestionamiento de la autoridad del Presidente, pero en primera y última instancia el pliego petitorio es una reivindicación ética de consecuencias políticas, no a la inversa.

“Algunos jóvenes gritan en las marchas: ¡No queremos Olimpiadas, queremos revolución!. Otros, de la Facultad de filosofía y letras: ¡No queremos siglo de oro, queremos ilustración! Este humor, con sus variantes, impregna la nota amplísima de fiesta del Movimiento, pero lo primordial se localiza en la indignación moral”.